

trador, un economista, un ingeniero especializado en ambiente, un museografista, etc. etc., todos ellos apoyados por un arquitecto paisajista y por otros colaboradores más, como propone VAN WENGEN y una moderna escuela de museólogos. Pero sí puedo garantizar que tanto el arquitecto autor del proyecto como quien les habla intentaron, poniendo en ello toda su capacidad, interés y dedicación, conseguir un edificio que reuniese todas o la mayor cantidad posible de las condiciones que la moderna ciencia museológica exige para que el Museo cumpla holgadamente la misión que se le encomienda, para que llegue a ser como LACOUTURE recomienda *un centro de comunicación por medio de los objetos, de educación de masas, donde el visitante pueda conocer lo que el hombre ha hecho y, lo que es más importante, lo que puede hacer.*

Era necesario en primer lugar y teniendo en cuenta el emplazamiento elegido por las autoridades del Ministerio, lograr que la construcción fuese la adecuada a un marco natural de gran belleza y con una significación entrañable para los albacetenses, que quedase perfectamente integrada en él. Aún contando con el posible riesgo de vulnerabilidad, se procuró que sus muros estuviesen rasgados por amplios ventanales que permitiesen no solo la entrada de la luz tamizada por la vegetación circundante, sino la proyección hacia el exterior bellísimo de la mirada del visitante, quizá fatigado por la contemplación de objetos posiblemente muy interesantes o bellos, pero quizá también un tanto fríos y estáticos. A conseguir este resultado tendía también el movido trazado de los muros exteriores, creando espacios que, en cierto modo, hacían penetrar el parque en el interior del edificio. Por otra parte, un gran respeto a la vegetación de mayor nobleza - los viejos árboles de grueso tronco y hermosa textura - y la escasa altura de la construcción, procurando que quedase “envuelta” por el parque y superada en altura por éste, fueron los criterios dominantes.

Teniendo en cuenta la topografía del parque y los volúmenes interiores convenientes en la construcción, fué preciso estudiar también con sumo cuidado la solución arquitectónica que permitiese lograr unas alturas de las diversas salas a un nivel que llamaríamos “humano”, evitando esa sensación de agobio que nos producen algunos edificios, bien por unos volúmenes interiores excesivamente grandiosos o por todo lo contrario. Era preciso, en una palabra, evitar que el visitante sufriese una “criptofobia” o “agorafobia” que le incitase a abandonar rápidamente el Museo al que acudió precisamente en busca de descanso, de recreo, del goce de un placer estético o de su propia identidad histórica o cultural.

En lo referente a la distribución del edificio hubo también, como es lógico, unos criterios básicos. Consideramos muy importante que cada una de las zonas de la construcción, si bien debería tener un acceso principal úni-